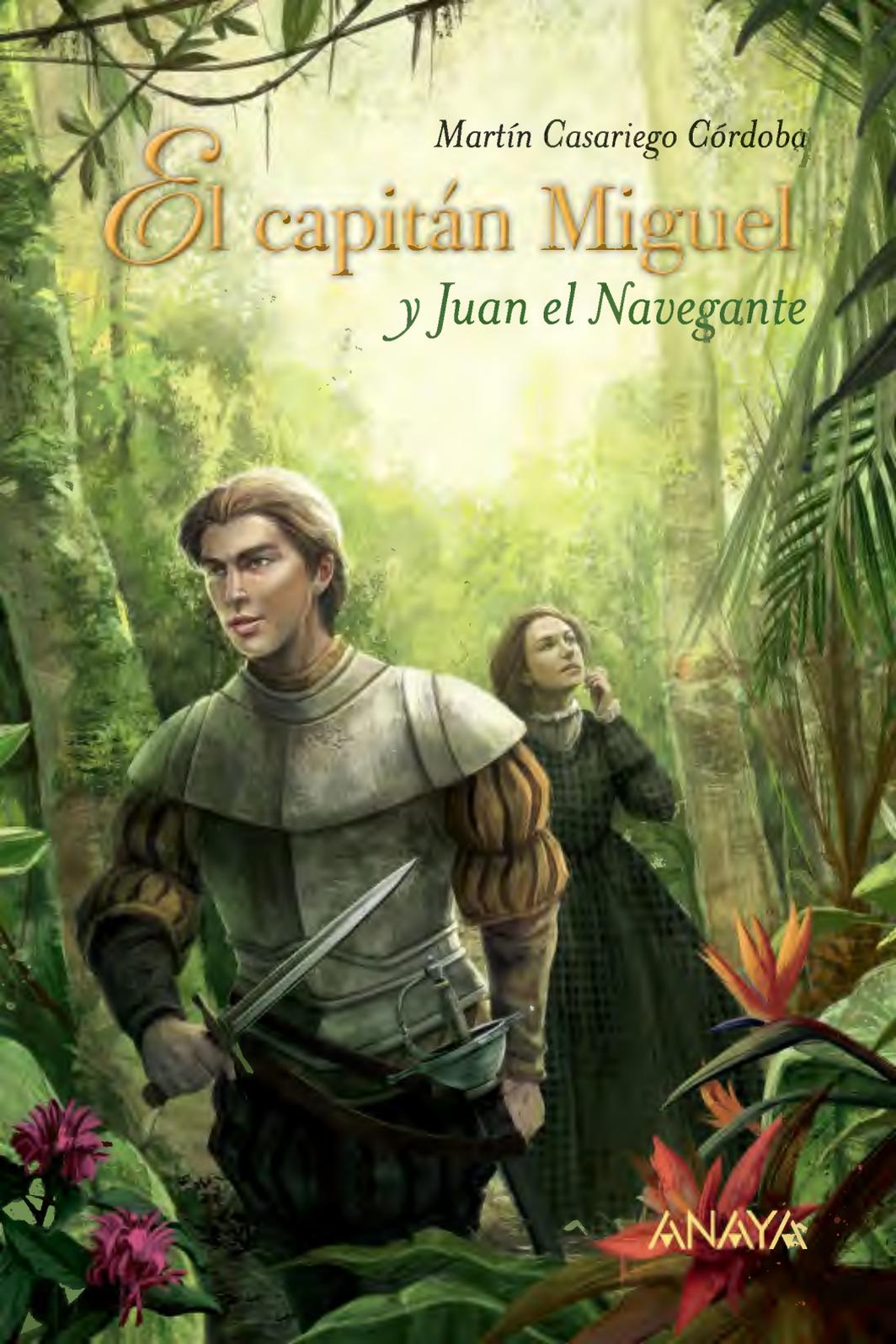


Martín Casariego Córdoba

# El capitán Miguel y Juan el Navegante



ANAYA

# El capitán Miguel

y Juan el Navegante

1.ª edición: abril de 2016

© Del texto: Martín Casariego Córdoba, 2016  
© Ilustración de cubierta: Mónica Armiño, 2016  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2016  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-0837-5  
Depósito legal: M-2354-2016  
Impreso en España · Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Martín Casariego Córdoba

El capitán Miguel  
y Juan el Navegante

ANAYA

*Para Mayte, Miguel y Juan,  
que tanto me han enseñado*

# Primera noche

1

## *El sueño*

Se hallaba en el salón, sumido en la oscuridad. Era de noche. ¿Qué hacía allí, escondido detrás de una butaca?

De pronto sintió una ligera corriente de aire, y una especie de fría humedad.

Sabía que debía permanecer quieto. Se encogió todavía más. Escuchó.

Creyó oír un leve quejido, o quizá sólo fuera el sonido de un cuerpo al avanzar lentamente.

Cerró los ojos, rogando que todo fuera un sueño. Pero era aún peor tenerlos cerrados y los abrió.

La luz de las farolas entraba por la ventana, iluminando vagamente la entrada al salón.

Oyó un crujido, y fue entonces cuando les vio.

Eran tres monstruos con forma humana, que andaban como a trompicones. Uno era más amarillento que los demás. Otro sangraba por la nariz, y sus piernas y nalgas estaban ennegrecidas. Tenían las pantorrillas hinchadas y con heridas abiertas. La piel estaba infestada de manchas rojas, como escamas o costras. Respiraban fatigosamente, y no hablaban.

Los monstruos se volvieron hacia él simultáneamente, y el corazón le dio un vuelco.

No podía encogerse más, no podía estar más callado, no podía esconderse mejor.

Le rodearon. Sólo siendo un pájaro podría escapar.

Estaban ya muy cerca, y ahora la luz de la calle les iluminaba nítidamente.

Súbitamente, el tercero, de una de cuyas heridas manaba un líquido negro y apestoso, cayó al suelo, entre horribles convulsiones.

Los otros dos, sin hacer caso del caído, abrieron la boca, mostrando unas encías hinchadas, sangrantes, y un olor fétido le envolvió. El más alto tenía los dientes torcidos, como en un grotesco baile. El otro carecía de ellos. Toda su boca era una espantosa hinchazón.

Cuando el monstruo amarillento y desdentado se inclinó sobre él y alargó una mano temblorosa y llagada, gritó.

## 2

### *Padre e hijo*

El pasillo se hallaba a oscuras, y lo recorrió guiándose por la claridad que provenía del salón. Se asomó a la puerta abierta. Su padre, sentado en una butaca, la misma tras la cual él se había escondido en el sueño, veía una película. Dudó si hablar, si delatar su presencia. Pero no hizo falta. Su padre paró el DVD y le miró.

—Hola, Juan —le saludó—. Entra. ¿No te duermes?

—He tenido una pesadilla.

—Ven.

Se sentaron juntos. Juan se la contó. Antes de hablar, el padre se quedó unos segundos mirando hacia las estanterías en las que se alineaban los libros y las películas: *Naufragios*, de Álar Núñez Cabeza de Vaca, *Jornada de Omagua y Dorado*, de Francisco Vázquez, *Los mayas del Yucatán*, de Fray Diego Landa, *Apocalypso*, de Mel Gibson, *Aguirre, la cólera de Dios*, de Herzog, *El Dorado*, de Carlos Saura...

—¿Qué crees que eran?

—¡Hombre, papá! ¡Está clarísimo! Zombis.

—Pues a mí me han parecido enfermos de escorbuto, en fase terminal. ¿Sabes qué es el escorbuto?

—Una enfermedad.

—Sí. La cogían los marineros en las largas travesías oceánicas, cuando pasaban mucho tiempo sin probar verduras ni frutas.

Hablaron un poco más. De pronto, aprovechando un silencio, Juan soltó:

—¿Tú quieres más a Miguel que a mí?

—No, claro que no. ¿Por qué dices eso?

—A él le contaste un cuento muy largo, y luego lo escribiste, y a mí...

El padre sonrió.

—Requiere mucho tiempo... Pero llevo meses pensándolo. ¿Quieres que te lo cuente ahora?

—Sí.

—Has leído ya *El capitán Miguel y el misterio de la daga milanesa*, ¿verdad?

—Tú que crees.

—Mejor, porque esta historia que te voy a contar ahora, *El capitán Miguel y Juan el Navegante*, es su continuación, aunque si alguna vez fuese un libro se podría leer de forma independiente. Tienes que hacer un esfuerzo, e imaginarte que estás en el otoño de 1538, en diciembre, ya casi entrado el invierno. Venga, haz un esfuerzo, imagínatelo... Miguel, marqués de Lobo Negro, tenía previsto casarse con Rosalba en la primavera de 1539, cuando ella cumpliera los dieciséis. Pero lo habitual es que los seres humanos, simples hojas a merced del viento, vean cómo sus planes se tuercen... Estamos en el Renacimiento, una época de grandes logros científicos y artísticos, pero también de abusos, desigualdades e injusticias, en la que la tolerancia libra su combate eterno contra la intolerancia. Una época en la que España era el país más poderoso de la Tierra, gracias en gran medida al descubrimiento de América. Francis-

co Pizarro acababa de derrotar a los incas y conquistar el Perú, y unos años antes Hernán Cortés había hecho lo propio con los aztecas y México. El oro y la plata llegaban a la península en grandes cantidades, y de allí se repartían por Europa, para importar bienes y pagar los préstamos con los que los banqueros alemanes financiaban las guerras de Carlos I. Aventureros, valientes, facinerosos y segundones, al grito de *pobres en España o ricos en las Indias*, viajaban al Nuevo Mundo con la esperanza de encontrar desconocidos imperios que conquistar, ciudades pavimentadas con oro, fuentes de la eterna juventud, tesoros incontables, todo tipo de maravillas... Se propagaba cada vez con más fuerza la leyenda de El Dorado, según la cual un príncipe, cubierto el cuerpo con una liga y polvo de oro, llegaba, de pie en una balsa cargada de oro y esmeraldas, al centro de un lago, donde arrojaba aquellos tesoros como ofrenda a los dioses. Una y otra vez.

»Mientras, en Europa, en el Viejo Mundo, continuaba la rivalidad entre Carlos I de España y Francisco I de Francia, que se disputaban el norte de Italia. En 1536 los ejércitos imperiales, que habían invadido la Provenza, fueron finalmente rechazados por los franceses. En esa campaña perdió la vida el poeta Garcilaso de la Vega, que fue socorrido por el capitán Miguel Navarro, aunque ya nada se pudo hacer por su vida, y había sido hecho prisionero un valiente soldado de la compañía de Miguel, un joven llamado Martín Ortega, quien se las había arreglado, tras dos años de cautiverio, para hacer llegar al capitán un mensaje pidiendo ayuda... Y ahora, estamos en diciembre de 1538, en la bella y rica Francia, donde la nieve cubre los campos y los lobos hambrientos vagan por los bosques buscando presas con las que calmar su hambre, que dura siglos y jamás se extingue...

### 3

## *El cadáver enterrado*

Soplaba un viento frío, que levantaba un polvo de nieve que se pegaba a las ropas y al pelo de los caballos, convirtiendo a jinetes y monturas en pálidos fantasmas. Salvo por las manchas de los árboles, los arbustos de lavanda y algunas piedras, el paisaje parecía una manta blanca. De cuando en cuando algunos cuervos, en parejas o en grupos, cortaban el aire con el silbido del batir de sus alas, y ponían puntos negros en el cielo plomizo. A un cuarto de legua de distancia (unos mil cuatrocientos metros) se alzaba una pequeña ciudad amurallada, que se diría desierta si no fuera porque de algunas chimeneas salía una lengua de humo, cuyo color apenas se distinguía del cielo. El sol declinaba ya, y pronto oscurecería y dejaría de iluminar los campos de lavanda, cuyas hileras más oscuras, en contraste con la nieve, parecían las rayas de una cebra. Cinco hombres se agrupaban alrededor de una miserable cruz hecha con dos palos hincada en el suelo. Uno de ellos era un robusto campesino, con la cara arrugada y roja, que se mantenía un poco apartado, con expresión asustada. Los otros eran cuatro individuos también fornidos, que llevaban espadas y que, a diferencia del labriego, tenían barba, de aspecto canoso no por el paso del tiempo, sino por la adhe-

rencia de pequeños copos de nieve. De sus caballos colgaban mantas, cantimploras, ballestas, lanzas y arcos. Se trataba, sin duda, de soldados o bandidos.

—Manos a la obra —dijo el más corpulento, casi un gigante.

—Deberíamos orinar para ablandar el terreno.

Callaron todos, indecisos. Habló el jefe:

—Sería una falta de consideración.

Y oídas esas palabras, el gigante comenzó a cavar con un pico. El suelo helado ofrecía una dura resistencia, pero los golpes eran muy fuertes, y pronto el hierro empezó a arrancar terrones compactos y congelados.

—Sancho, si te cansas, te relevo.

—No es este trabajo para un capitán, y menos para un marqués —repuso el hombretón con una mezcla de sorna y respeto.

Sancho paró para quitarse el sudor que, pese al frío, había empezado a cubrir su frente. Sin mediar palabra, otro de sus compañeros le arrebató el pico y empezó a cavar con brío. De pronto, se detuvo. Había quedado al descubierto un pedazo de tela. Arrojó la herramienta y continuó quitando la tierra, pero ahora más cuidadosamente, con el cuchillo. Se sumaron a la tarea los demás, y al poco quedó al descubierto un cadáver horriblemente descompuesto. El aullido de un lobo cortó el aire, y los caballos golpearon el suelo con los cascos, inquietos.

—¿Y cómo vamos a saber si es Ortega? —dijo Sancho, limpiándose la nariz con el dorso de la mano—. Ni su madre lo reconocería.

Los cuatro se santiguaron. A sus pies, desenterrado a medias, había un esqueleto cubierto en parte por pedazos de piel

acartonada pegados a la calavera y por jirones de ropa. Conservaba aún el pelo, carente de todo brillo. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, como si su enterrador, en un arranque de piedad, le hubiera preparado para el descanso eterno.

—El anillo —dijo Claramunt.

El capitán Miguel, marqués de Lobo Negro, agarró la mano y al dar un tirón el dedo putrefacto se desprendió. Sacó el anillo. No tenía ningún valor, más allá del sentimental, motivo por el cual no se lo habían arrancado. Lo observó durante un momento antes de hablar.

—No hay duda. Esto es lo que queda de Martín Ortega.

—Hay una viuda y tres huérfanos más en nuestra pobre España —dijo Sancho.

Galiana, el cuarto soldado, el mejor amigo de Ortega, no pronunció palabra, pero una lágrima recorrió su curtido rostro, para quedarse congelada a la altura de la barbilla. Se la quitó, avergonzado. El capitán le entregó el anillo. Galiana lo guardó. Sería el encargado de devolvérselo a la viuda.

—Vámonos, capitán —dijo Sancho—. Nada más podemos hacer.

Miguel se dirigió hacia el campesino, quien había retrocedido un par de pasos sin dejar de mirarlos.

—*Comment est-il mort?*

—*De la peste.*

Galiana le apuntaba con una pistola con la mecha encendida. El campesino, aterrado, era incapaz de moverse. El capitán Miguel desenvainó, y con un preciso golpe de su afilada espada cortó la mecha.

—Nosotros no matamos a hombres desarmados, Galiana. Además, casi seguro que este desgraciado nada ha tenido que ver con su muerte.

—Y un disparo podría alertar a alguna guarnición cercana —agregó Claramunt.

—Eso ya no cuenta. ¡Mirad!

A media legua acababa de aparecer sobre una colina un grupo de ocho jinetes, que se dirigía a su encuentro al galope.

—¡Montad! —ordenó el capitán—. ¡Al bosque!

El campesino echó a correr hacia la aldea, hundiéndose algunas veces en la nieve hasta las rodillas, sin que nadie le prestara ya atención. Montaron los cuatro, cubrieron sus cabezas con los cascos y pusieron las cabalgaduras al galope. Las bestias estaban agotadas, faltas de alimento, y no podrían aguantar mucho. Para empeorar las cosas, la nieve hacía que sus pisadas se marcaran claramente, con lo que despistar a los perseguidores sería imposible. Sólo la oscuridad podría venir en su socorro. En esto pensaba el capitán, preocupado, mientras cabalgaba al frente de sus hombres. Todos se habían presentado voluntarios para intentar rescatar a su compañero o, al menos, descubrir cuál había sido su destino. Y ya lo habían hecho.

Los franceses, con los animales más frescos, ganaban terreno. Llegaron al bosque. Galopar entre los árboles era peligroso, pues resultaba fácil golpearse con una rama. El marqués de Lobo Negro tiró de las riendas del caballo, para que le adelantaran sus amigos, y aguardó a que el primer perseguidor se pusiera a tiro. Apuntó con la pistola y disparó. El caballero cayó y su sangre tiñó de rojo la nieve. Pero ya llegaban los otros. El capitán Miguel espoleó a su montura, pegando su cuerpo al cuello del bruto para evitar las ramas. Una saeta silbó cerca de sus oídos y se clavó en un árbol. Delante de él, Galiana no pudo esquivar una rama, y el terrible golpe le apeó. Aturdido, quedó de rodillas sobre la nieve y el barro.

Sin detenerse, Miguel se inclinó, estiró el brazo e izó al soldado, que quedó atravesado en la grupa.

—¡Capitán! —gritó Galiana—. ¡Arrójeme al suelo, que vamos a perdernos los dos!

Tenía razón Galiana. La maniobra, arriesgada y generosa, podía tener un desenlace fatal. Los enemigos estaban ya muy cerca, y oían a sus espaldas la respiración de sus caballos, las pisadas, los roces con los troncos y las ramas.

Pero Miguel jamás abandonaba a uno de sus soldados.

Si hubiera pensado en Rosalba, se habría conducido de forma distinta, pero era el militar el que dirigía sus acciones, no el hombre enamorado. Sin dejar de galopar, enderezó a Galiana, para que tomara las riendas, y cuando pasaron por debajo de una rama lo suficientemente robusta como para soportar su peso, se agarró a ella y, aprovechando el impulso, se encaramó. Ahora sus hombres tendrían alguna posibilidad de salvarse, pues pronto la noche se adueñaría del bosque. Cargó a toda prisa la pistola, puso un dardo en el canal de la ballesta y la empulgó. Llegaban ya los primeros jinetes. Eran dos. Esperó a que se acercaran. Con un ballestazo abatió el capitán al primero, alcanzándole en el cuello. El segundo miró a su alrededor, confundido. El capitán apuntó y disparó. Pero justo antes de que la mecha se consumiera, el caballo se movió, y la bala erró el blanco. Ahora era el francés el que le apuntaba. Hizo fuego, pero también falló. La única posibilidad de Miguel era arrebatarle la montura. Saltó del árbol y corrió hacia él. Lo derribó atizándole con la ballesta en el pecho, y ambos rodaron por el suelo, abrazados. El caballo, encabritado, a punto estuvo de aplastarlos con sus cascos. Forcejeaban, en una lucha a muerte. Miguel sabía que sus compañeros estaban al llegar y, desesperado, intentaba zafarse del rival y subir

a lomos de su montura. Consiguió asestar con el casco un golpe en la cara del francés, que aflojó la presión de sus brazos. Le asestó un segundo golpe, que lo dejó exánime, y subió de un salto a la cabalgadura. Había perdido demasiado tiempo, y sus enemigos le pisaban los talones. Dudó un instante. Si reemprendía la huida, lo más seguro sería que le alcanzaran a él y a sus hombres. Dar la vuelta y cargar sobre sus perseguidores supondría su perdición, pero al menos brindaría una oportunidad a Sancho, Galiana y Claramunt. Volvió la grupa, con la espada desenvainada. Se encontró con un jinete que galopaba en su dirección. Sorprendido al verle, no reaccionó a tiempo, y la espada del capitán le rajó la garganta.

Venían los otros de frente, maldiciendo, furiosos, pues habían visto cómo había matado o malherido a tres de los suyos. Los rebasó a todos, lanzando espadazos y esquivándolos, y salió de nuevo a campo abierto. Satisfecho, observó que le seguían. Vio, entonces, que estaba manchado de rojo. Se buscó la herida, pero pronto comprobó que era sangre del caballo. En la escaramuza había recibido un profundo corte en el cuello, por el que manaba abundantemente. No llegaría muy lejos. Desesperado, optó por entrar en el pueblo. Cruzó los campos de lavanda. Sería como meterse en una ratonera, pero era su única esperanza. Se le escapaba la vida, al caballo, se le escapaban las posibilidades de salvarse, al capitán.

# Índice

## *Primera noche*

El sueño .....	11
Padre e hijo .....	13
El cadáver enterrado .....	16
Cuenta que te pude matar y no lo hice .....	22
La Torre de la Mala Muerte .....	29
Como para volverse loco.....	35
A veces la vida se parece a los romances .....	45
Ciento veinte días de juventud .....	50
Juan el Navegante.....	54
Pedazos de madera volando como pájaros.....	59
Una tempestad y un megalodón .....	71
Seres de ultratumba .....	81
La historia de un niño de dos años llamado Miguel .....	96
El pretendiente.....	102
Sorpresas .....	115

## *Segunda noche*

Un mensaje para doña Leonor.....	133
El Yucatán .....	139
Una señal horrenda .....	154
El primo de don Ignacio.....	164
El río .....	176
Encuentro con De Grasse.....	186

*Tercera noche*

Batalla en la selva.....	207
Deshonor .....	220
De nuevo la pócima del olvido .....	232
Dedos de Tarántula .....	244
Perro Aullador .....	259
Una ciudad en medio de la selva.....	269
El juego de la pelota .....	275
Valor .....	292
El Dorado .....	298
La boda .....	308
Agradecimientos.....	313
Documentación y bibliografía .....	315